

ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA

1776-1976

DEMETRIO BOERSNER

INTRODUCCION

Al intentar una síntesis de la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, necesariamente colocamos en el centro de nuestras reflexiones los fenómenos tan evidentes a primera vista de la desigualdad en el desarrollo, de la dominación y la dependencia.

Los intérpretes de la historia de las relaciones latinoamericanas tienden a dividirse en diversos campos. En un extremo, el hecho de la desigualdad de desarrollo es explicado como resultante exclusivamente de causas internas en cada una de las dos Américas, sin tomar en cuenta el impacto de la una sobre la otra. El otro extremo es el del énfasis desmedido y excluyente en la acción explotadora del norte con respecto al sur, tomándose la "dependencia" (transformada en concepto absoluto que no requiere análisis ni explicación) como autora de todos los males latinoamericanos. Nosotros trataremos de adoptar una posición dialéctica que rehuya las simplificaciones y que tome nota tanto de los factores internos de ambas Américas como de sus relaciones mutuas, para contribuir a la explicación de la desigualdad y la dominación imperial realmente existentes.

LA FORMACION DE LAS DOS AMERICAS

La América Latina fue conquistada y colonizada un siglo antes que Norteamérica; de allí que recibió el impacto de la última etapa del Medioevo, en tanto que las trece colonias inglesas del norte fueron forjadas bajo el impulso de una sociedad británica ya entrada en su fase capitalista y de liberalismo incipiente.

Si bien es cierto que el paternalismo católico, semifeudal y mercantilista de las coronas española y portuguesa produjo en América Latina desde el siglo XVI obras culturales y sociales dignas de admiración y que no tienen parangón en la colonización inglesa, también es innegable que las potencias ibéricas implantaron en sus colonias una sociedad estática, jerárquica, autoritaria y regida por el dogmatismo: una organización social obstaculizadora de la libre iniciativa de los hombres y de la formación de una economía dinámica y autónoma. En cambio, la colonización inglesa en Norteamérica estuvo signada desde su comienzo (1607) por la igualdad entre los ciudadanos y la libertad de empresa y de pensamiento. Expresión del nuevo orden burgués y capitalista, superior al viejo sistema aristocrático y feudal-mercantilista, las colonias inglesas de América del Norte poseyeron desde el principio las condiciones necesarias para desarrollar una sociedad pujante, progresista y dominadora.

En América Latina, además de la importación de estructuras todavía medievales, la explotación mercantilista fue rigurosa, succionando riquezas y restringiendo la creación de empresas locales. La acusación de que el capitalismo europeo se edificó en gran medida sobre el despojo y la explotación de Latinoamérica y las Antillas se basa en la realidad de los hechos, y ello contribuyó al estancamiento de un subcontinente ya plagado de instituciones internas opresivas.

LA EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

En los Estados Unidos existió una corriente vivamente interesada en una expansión hacia el sur, desde los comienzos de la república norteamericana. El Partido Demócrata (inicialmente llamado republicano-demócrata), dirigido por Tomás Jefferson, reflejaba esa tendencia en el plano político. Los demócratas representaban a la población rural y semirural del centro-oeste y del sur, y combinaban el populismo con el expansionismo territorial. A la vez que defendían a los agricultores medianos y pequeños del poder del capitalismo de la región del este, propugnaban la colonización de nuevas tierras vírgenes, gratuitas o baratas, para dar sustento a mayores contingentes campesinos. Por otra parte, también los grandes hacendados esclavistas del sur influían en el partido de Jefferson y paulatinamente llegaron a dominarlo. La oligarquía sureña igualmente deseaba la expansión, con el fin de ampliar la base territorial del esclavismo y de la producción algodonera, tabacalera y azucarera en gran escala.

En 1803, bajo la presidencia de Jefferson, los Estados Unidos compraron el territorio de Luisiana, recién devuelto por España a la Francia napoleónica, y con ello adquirieron el control sobre el Misisipí, la posesión del puerto de Nueva Orleans, y la posibilidad de la expansión ilimitada hacia el oeste. De inmediato, los terratenientes y comerciantes algodoneros del sur comenzaron a mirar hacia la región de las Floridas, que quedaban en manos de España. En tres etapas (1810, 1813 y 1818) las Floridas fueron anexadas a los Estados Unidos y el tratado Transcontinental (Adams-Onís) de 1819 legalizó la transferencia de ese territorio de España a la república norteamericana.

Por otra parte, la oligarquía sureña miraba con ojos codiciosos hacia Cuba, emporio azucarero y esclavista riquísimo. La marina de los Estados Unidos compartía el interés de los oligarcas por la isla: desde el punto de vista estratégico, Cuba domina la entrada y salida del Atlántico al Golfo de México y, en manos enemigas, puede servir de base para un bloqueo a Nueva Orleans. Reflejando el interés de ambos sectores, Jefferson dijo en 1805 que Cuba debería ser adquirida por



Norteamérica más temprano que tarde. Generaciones sucesivas de estadistas y políticos pensarían de la misma manera.

Desde el comienzo de la revuelta haitiana en 1791 hasta la independencia definitiva de Hispanoamérica, la diplomacia norteamericana compitió con la británica en el empeño de ejercer una influencia amistosa sobre movimientos rebeldes. Desde el año 1810, agentes "comerciales" estadounidenses se establecieron en las principales ciudades hispanoamericanas con la misión de convencer a los patriotas de que, en su lucha contra España, Norteamérica y no Inglaterra sería su mejor aliada extraoficial. Año tras año, a lo largo de la gesta independentista latinoamericana, continuó la competencia angloyanqui por la influencia sobre los nuevos países en proceso de formación. La victoriosa fue claramente la Gran Bretaña: ninguno de los libertadores y próceres latinoamericanos tuvo dudas en cuanto a lo positivo y práctico del aporte inglés, comparado con la debilidad y la ineffectividad de la nación norteamericana todavía pequeña y atrasada. Además, el expansionismo sureño ya era lo suficientemente marcado como para provocar temores y antipatía en el ánimo de un Bolívar.

La proclamación de la doctrina de Monroe en 1823 constituyó, por parte del secretario de estado norteamericano John Q. Adams, un hábil ardid diplomático. La potencia que, de hecho, salvó a Latinoamérica de una expedición reconquistadora de la Santa Alianza, fue Inglaterra, con la amenaza de su poderosa flota. Los Estados Unidos sacaron provecho propagandístico del asunto, emitiendo una "valerosa" proclamación unilateral cuando ya el peligro de una intervención europea en Latinoamérica había pasado.

La Doctrina Monroe desde sus comienzos encubría intenciones hegemónicas. En el fondo constituye la antítesis de la Doctrina Bolívar plasmada en las resoluciones del Congreso de Panamá en 1826. El héroe caraqueño esbozó la grandiosa y revolucionaria visión de una América Latina republicana y soberana, unida en una sola confederación para la defensa y el desarrollo conjuntos de sus países integrantes en un plano de completa igualdad. En Cambio Adams, por boca de Monroe, plantea el presunto derecho de un país de erigirse unilateral e inconsultamente en protector y defensor de los demás del hemisferio. Bolívar parte del principio de la igualdad y la solidaridad entre estados, mientras Adams presupone la superioridad de una nación americana sobre las otras.

Por lo demás, Adams manifestó claramente sus verdaderas intenciones expansionistas cuando, en 1825 y siendo ya presidente de los Estados Unidos, llegó hasta la amenaza del uso de la fuerza para evitar la liberación de Cuba y Puerto Rico por la alianza Gran Colombia-México. El expansionismo sureño en los Estados Unidos quiso que las Antillas españolas quedaran en manos del débil gobierno de Madrid hasta tanto cayeran en manos de Norteamérica "como frutas maduras".

LOS COMIENZOS DEL "DESTINO MANIFIESTO" (1828-1889)

Durante los años de gobierno del presidente Andrew Jackson (1828-1836), los Estados Unidos atravesaron una etapa de consolidación nacional y de desarrollo económico importante. Al mismo tiempo, los pioneros avanzaron hacia el oeste y alcanzaron las tierras prometidas de la costa del Pacífico: Oregón, por el momento condominio anglo-norteamericano, y California, provincia mexicana.

Otra región mexicana objeto de penetración por los angloamericanos fue la de Texas. En 1821, el viejo Moses Austin había suscrito un convenio con el gobierno de México para la creación de una pequeña colonia en el vasto y deshabitado territorio tejano. La colonización se llevó a cabo bajo la dirección del hijo de Austin. Para 1830, había más de 30.000 colonos angloamericanos en Texas y su número aumentaba rápidamente. En 1835-36, los anglo-texanos se alzaron contra las autoridades mexicanas y establecieron su propia república independiente, presidida por Samuel Houston. Pidieron ser anexados a los Estados Unidos, pero el gobierno del presidente Van Buren vaciló: La oligarquía sureña favorecía la anexión y la expansión hacia el suroeste, pero los liberales del norte —representantes de una clase media urbana, democrática y anti-expansionista— se opusieron. Fue bajo el gobierno de Polk en 1846 que los expansionistas del sur finalmente lograron imponer sus puntos de vista por la declaración de guerra contra México.

La campaña militar de los años 1846-47 estuvo acompañada de una tremenda propaganda expansionista en los Estados Unidos. Surgió la doctrina del Destino Manifiesto (la Naturaleza o la Providencia destinaba la nación norteamericana a extenderse y a dominar al hemisferio occidental para beneficio de todos sus pueblos). Los expansionistas más extremos, no satisfechos con conquistar Texas, California y Nueva México, pidieron que México entero fuese incorporado forzosamente a los Estados Unidos. Pero el tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) se limitó a anexar a la potencia norteamericana la mitad septentrional de México.

Durante la década de los años cincuenta del siglo pasado, la acción expansionista norteamericana se manifestó principalmente en América Central. El aventurero William Walker, jefe de una tropa mercenaria conocida como "Los Filibusteros", y financiado por intereses económicos del sur de los Estados Unidos, desembarcó en Nicaragua y asumió el gobierno de ese país. Trató luego de apoderarse de toda la extensión de Centroamérica y sólo fue derrotado por los patriotas de esa región después de varios años de guerra. Los británicos, celosos de su propia posición imperial en Centroamérica y el Caribe, capturaron a Walker en 1860 y lo entregaron a sus enemigos para ser fusilado.

Al mismo tiempo, influencias sureñas norteamericanas apoyaron al venezolano-cubano Narciso López en su empeño de liberar la isla de Cuba del colonialismo español para luego vincularla a los Estados Unidos en alguna especie de asociación semicolonial. Ya con anterioridad, el gobierno de Washington había hecho al de Madrid repetidas ofertas para la compra de la codiciada antilla azucarera.

Desde la década de los años cuarenta, Norteamérica al igual que Inglaterra mostraron interés por la idea de construir un canal interoceánico, en el istmo de Panamá o a través de Nicaragua. El tratado Clayton-Bulwer de 1850 dispuso que las dos potencias sólo actuarían de común acuerdo para ejecutar tan magna obra.

Los cuatro años de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865) representaron una pausa en la participación norteamericana en los asuntos de América Latina. Impedidos por su lucha interna, los Estados Unidos no pudieron durante ese lapso hacer sentir su presencia al sur de sus fronteras. La Doctrina Monroe quedó inoperante, y dos potencias europeas —España y Francia— aprovecharon el momento histórico para realizar intervenciones en la América Latina. España guerreó contra el Perú y Chile, y volvió —invitada por el bando conservador del general Santana— a ocupar a Santo Domingo. Francia, por su parte, intervino militarmente en México, contra el gobierno liberal reformista de Benito Juárez, y ocupó ese país. Alentado por la oligarquía conservadora mexicana, Napoleón III patrocinó la tragicómica monarquía del Emperador Maximiliano. A partir de 1865, los Estados Unidos exigieron la salida de las tropas francesas de México, y al mismo tiempo la crisis de Schleswig-Holstein y el incipiente conflicto austro-prusiano impulsaron al monarca francés a poner fin a la intervención. Dejado en la estacada, Maximiliano fue fusilado en Querétaro, en 1867 junto con los generales de la oligarquía, Miramón y Mejías.

Ya se perfilaba claramente, tanto en las intervenciones europeas como norteamericanas en América Latina, un hecho muy característico y vergonzoso: Cada una de las intervenciones extranjeras en un país latinoamericano fue solicitada y apoyada por algún sector antinacional de la oligarquía nativa.

EL AUGE DEL IMPERIALISMO (1889-1932)

A partir de 1880 se formaron en los Estados Unidos los grandes monopolios financieros e industriales. Se inició la exportación de capitales y los "trusts" hicieron suya la idea del "destino manifiesto". Una nueva estructura económica —la del capitalismo financiero y monopolista— asumió la tradición política hegemónica que había nacido bajo el impulso del expansionismo terrateniente, y acentuó sus aspectos imperialistas.

Desde el año 1881, el secretario de estado James Blaine abrigaba la intención de convocar a los estados americanos a una conferencia hemisférica que se celebraría en Washington. El jefe de la diplomacia estadounidense estaba motivado por dos deseos: en primer término, el de lograr la aceptación del arbitraje obligatorio para poner fin a los conflictos entre países de América (en aquellos años, Washington trataba en vano de mediar entre Chile, Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico); y en segundo lugar, el afán de promover el ambicioso proyecto de una unión aduanera panamericana. Así como el arbitraje obligatorio equivaldría de hecho al encubrimiento de los Estados Unidos como árbitro permanente entre los países americanos, la unión aduanera hemisférica significaría nada menos que la conquista o captura de todo el inmenso mercado latinoamericano por la industria y la banca de América del Norte.

Por diversas razones de política interna estadounidense, la

conferencia interamericana no se reunió sino a fines de 1889, siendo el mismo Blaine nuevamente secretario de estado. Las deliberaciones duraron hasta comienzos del año 1890. Quedó establecido así el "panamericanismo", colocado teóricamente bajo el patrocinio espiritual de Bolívar y del Congreso Anfictionico de 1826, pero de hecho inspirado por la Doctrina de Monroe y la del "destino manifiesto". Los países latinoamericanos rechazaron tanto el arbitraje obligatorio como la unión aduanera, pero de hecho comenzaron a reconocer a los Estados Unidos como su líder natural.

La guerra hispano-estadounidense de 1898 constituyó el próximo paso hacia la dominación de los Estados Unidos sobre América Latina. Ya un año antes en 1897, Norteamérica había logrado que Inglaterra reconociera la primacía de sus intereses por lo menos en el área del Caribe y la parte septentrional de Suramérica, al aceptar el principio del arbitraje en el conflicto anglo-venezolano sobre las fronteras de Guayana Británica. Esta actitud conciliadora inglesa alentó a los norteamericanos a aumentar sus presiones para apoderarse de las posesiones españolas en el Caribe. Desde hace varios años, la heroica lucha de los cubanos contra la dominación española, y las severas medidas represivas tomadas sobre todo por el gobernador militar español Valeriano Weyler, habían constituido los elementos con los cuales la prensa sensacionalista de William Randolph Hearst inflamó el ánimo del pueblo norteamericano en favor de la intervención. El misterioso hundimiento del acorazado "Maine" en la rada de La Habana constituyó el incidente final que provocó la guerra. Los Estados Unidos se apoderaron de Cuba, y Puerto Rico, así como de las Islas Filipinas y Guam en el Pacífico. Puerto Rico como Filipinas y Guan se convirtió en posesión colonial norteamericana mientras que Cuba recibió una especie de "status" de protectorado: formalmente independiente, pero mediatizada por la enmienda Platt que permitía la intervención de los Estados Unidos cada vez que esa potencia lo juzgase conveniente.

A partir del año 1901 se inició la época de la "política del garrote" de Teodoro Roosevelt, gran figura del imperialismo norteamericano. Roosevelt usó la fuerza para separar a Panamá de Colombia y conseguir así, en 1903, la Zona del Canal. Enérgicamente, aplicó la Doctrina de Monroe ante la intervención alemana, inglesa e italiana en Venezuela y se convirtió en protector y supervisor de la patria de Bolívar. Hizo desembarcar a los infantes de marina en Cuba, en aplicación de la enmienda Platt, y proclamó el corolario Roosevelt a la doctrina Monroe: Cualquier "delincuencia" por parte de un país latinoamericano se impulsaría a los Estados Unidos a la intervención preventiva y al "ejercicio del poder de policía".

Bajo los gobiernos de Taft (1908-12), de Wilson (1912-20), de Harding (1920-24), de Coolidge (1924-28) y de Hoover (1928-32) aumentó vertiginosamente la inversión de capitales norteamericanos en América Latina. La "diplomacia del dólar" y las intervenciones armadas al servicio de intereses capitalistas yanquis se fortalecieron y se multiplicaron. A partir de 1913, el monto global de las inversiones estadounidenses excedió el de las británicas en Latinoamérica tomada en su conjunto. Taft envió a los infantes de marina a desembarcar en Honduras, Nicaragua, Cuba, Haití y Santo Domingo. Wilson (teóricamente enemigo del imperialismo y apóstol de la libre determinación de los pueblos) intervino dos veces en México, una vez en Nicaragua, y ocupó militarmente a Haití y la República Dominicana. Haití permaneció bajo ocupación yanqui durante 18 años (1915-1933) y Santo Domingo durante ocho años (1916-24). En Nicaragua, los infantes de marina entraron y salieron repetidas ocasiones. Administradores norteamericanos regían las aduanas y supervisaban el régimen

fiscal de las repúblicas antillanas y centroamericanas. Compañías bananeras como la United Fruit dominaban en forma absoluta la economía y la política de los países de América Central, a la vez que ejercían fuerte influencia en Colombia y Ecuador. Desde 1908 el dictador Juan Vicente Gómez gobernaba a Venezuela como aliado y virtual apoderado de intereses norteamericanos, y a partir de 1921 ese país inició su asombrosa etapa de deformación petrolera y de dependencia ante los consorcios del aceite negro.

En las conferencias panamericanas que se celebraban periódicamente, los delegados norteamericanos regularmente rechazaban el principio, propuesto por los latinoamericanos, de la no intervención. Según la doctrina jurídica norteamericana antes de 1933, la no intervención está en conflicto con el derecho de un estado soberano, de proteger las vidas y las propiedades de sus nacionales en otro país.

El imperialismo tuvo el efecto de despertar fuertes respuestas patrióticas y liberacionistas por parte de los pueblos de Latinoamérica. La Revolución Mexicana, a la vez nacionalista y social, representó a partir de 1911 el más contundente reto a la dominación de los Estados Unidos sobre el hemisferio. Inspirados en parte por el ejemplo mexicano, héroes patrióticos como Augusto César Sandino en Nicaragua lucharon y murieron para rescatar la independencia perdida o mediaticada. A partir del año 1919, grupos marxistas influidos por el ejemplo soviético hicieron su aparición en América del Sur. En 1924, por la creación del APRA, Haya de la Torre dio origen al movimiento socialdemócrata latinoamericano. Irigoyen en Argentina y los colorados batillistas en Uruguay lucharon por una mayor independencia frente al capital extranjero. En Chile el crecimiento de las corrientes socialistas preparó el camino para importantes enfrentamientos al imperialismo.

EPOCA DEL BUEN VECINO (1933-1945)

La gran recesión mundial de 1929-34 debilitó seriamente el poderío del capitalismo norteamericano y provocó el ascenso en los Estados Unidos de la tendencia política reformista de Franklin D. Roosevelt. Internamente, el estado comenzó a regular el proceso económico en buena parte, a la vez que surgió por la primera vez en forma significativa el poder sindical de la clase trabajadora. Hacia afuera, Roosevelt anunció el fin del imperialismo y una "política del buen vecino" hacia los países latinoamericanos. Aceptó desde 1933 el principio de la no intervención, y al mismo tiempo retiró las tropas yanquis de Haití y anuló la enmienda Platt. Permitió el derrocamiento de la tiranía de Machado en Cuba, y normalizó las relaciones con México, luego de haber admitido la nacionalización del petróleo por el gobierno de Lázaro Cárdenas y negociado pacíficamente las indemnizaciones.

Sin embargo, dio su apoyo tácito a tiranos de extrema derecha, amigos de los consorcios yanquis, tales como Trujillo en Santo Domingo y Somoza en Nicaragua.

La diplomacia rooseveltiana logró unificar a los gobiernos americanos, con excepción del argentino, en torno a una estrategia de lucha en común contra el Eje nazi-fascista y el Japón. Tanto la influencia de las corrientes democráticas y antifascistas mundiales como el auge económico característico de los años de guerra sirvieron para fortalecer los factores de cambio social y nacionalista en América Latina: conciencia y capacidad de lucha de trabajadores, capas medias, intelectuales y empresarios medios.

GUERRA FRIA Y SITUACION ACTUAL (1946-1976)

Las relaciones Estados Unidos-Latinoamérica durante los últimos treinta años pueden dividirse en tres etapas.

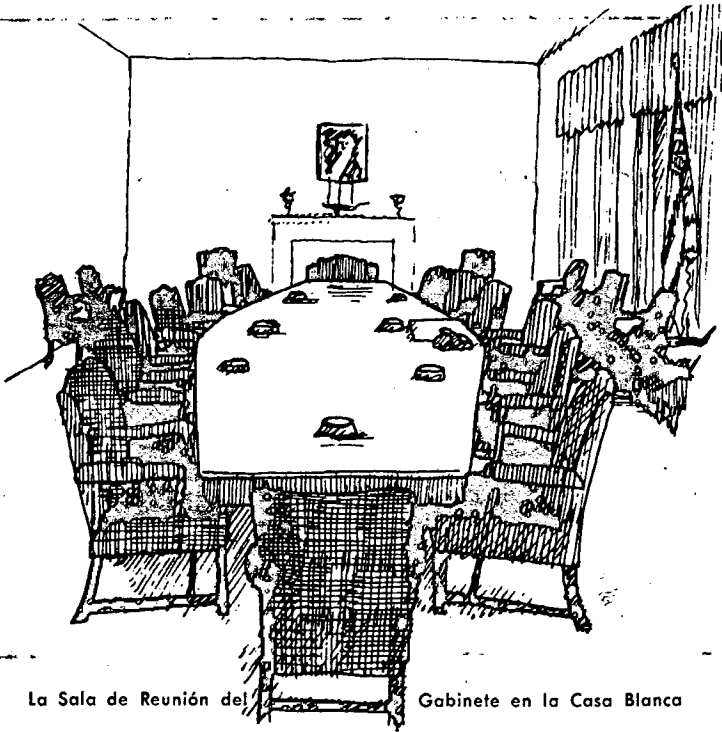
La primera etapa, de 1946 hasta 1958, es la del auge de la guerra fría y el triunfo momentáneo de las derechas en toda América salvo pequeñas excepciones.

La creciente confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y la consecuente división del mundo en dos bloques se reflejó en el ámbito americano a través de presiones cada vez mayores por parte de Norteamérica para que las fuerzas de izquierda (calificadas siempre de "comunistas") fuesen reprimidas y surgiesen regímenes firmes y duros, identificados con la causa del "Occidente" y con un proceso de desarrollo capitalista. Gobiernos populistas que habían surgido a consecuencia del auge democrático y antifascista de la segunda guerra mundial, fueron derrocados a partir de 1948. En Venezuela, la dictadura militar del 48 siguió al gobierno reformista de AD. En Colombia, la muerte de Gaitán y el bogotazo fueron pasos hacia la represión y la dictadura derechista. En el Perú se impuso la dictadura de Odría. En Guatemala, el régimen populista de Jacobo Arbenz fue derrocado por la intervención "anticomunista" norteamericana de 1954, avalada y legitimada por la resolución correspondiente de la X Conferencia Interamericana. En Cuba, Batista gobernó en forma despótica y conservadora desde 1952. El populismo peronista fue derribado del poder en 1955 en Argentina. Únicamente en Bolivia se produjo durante aquellos años un proceso revolucionario. Sin embargo, la revolución anti-feudal y anti-imperialista de 1952 quedó aislada, y muy pronto la penuria económica obligó al régimen del MNR a pactar con los Estados Unidos y someterse a condiciones impuestas desde el norte. En el plano económico, al mismo tiempo, se extendió por Latinoamérica el poder de los consorcios transnacionales modernizados, cuya participación ya no se limitaba a la extracción de materias primas y al manejo del comercio exterior y grandes servicios, sino que comenzó a abarcar el propio proceso de industrialización y de sustitución de importaciones de los países latinoamericanos.

La segunda etapa comienza en 1958 y dura hasta 1967. Es la de la rebelión parcial de Latinoamérica y la polarización Washington-La Habana.

Las condiciones de desigualdad y de explotación prevalentes en las relaciones económicas entre Norteamérica y la América Latina —Deterioro de los términos de intercambio, etc.— para 1957-58 causaron un descontento generalizado hasta en círculos burgueses de los países situados al sur del Río Bravo. Al mismo tiempo, el apoyo norteamericano abierto y entusiasta a los dictadores más opresivos y corruptos constituyó otro motivo de ira y de descontento. La caída de Odría en el Perú y de Rojas Pinilla en Colombia fue seguida por la de Pérez Jiménez en enero del 58 y Batista en enero del 59. Durante el año 1958, el traumatizante viaje del vicepresidente Nixon por América Latina con los violentos incidentes ocurridos en Caracas despertó en los Estados Unidos conciencia de que había que hacer concesiones, sin demora, a las exigencias y sensibilidades latinoamericanas. En el ámbito iberoamericano, una alianza antidictatorial y democrática integrada por Cuba y Venezuela exigía el derrocamiento de las dictaduras de derecha, y reformas importantes en el trato económico norte-sur.

La incapacidad norteamericana de tolerar el radicalismo de la revolución cubana en su primera etapa no marxista, impulsó a Castro y sus colegas, inexorablemente, hacia el conflicto absoluto con los Estados Unidos y la alianza con la Unión Soviética así como la adopción del sistema socialista de tipo leninista. El gobierno del presidente Kennedy se esforzó, a partir de 1961, de combinar el aislamiento de Cuba y la represión anticomunista con una política de apoyo al reformismo político latinoamericano y la aplicación del programa de la Alianza para el Progreso. Pese a la indudable buena volun-



La Sala de Reunión del Gabinete en la Casa Blanca

...dad personal del presidente Kennedy, los factores económicos y estratégicos derechistas en los Estados Unidos hicieron que la Alianza para el Progreso quedase virtualmente estancada y que las estructuras socio-económicas de América Latina no sufriesen ningún cambio. Entre la mano derecha y la izquierda de la política norteamericana —entre la represión y la reforma— la primera llegó a prevalecer netamente sobre la segunda. Cuba por su lado luchó por la vía ultra-revolucionaria del apoyo generalizado a la insurrección armada y el empeño de “convertir los Andes en Sierra Maestra”.

En 1968 se inicia la tercera etapa de este último período de treinta años de relaciones interamericanas. Se trata de una etapa de despolarización y de surgimiento de fuerzas nuevas en Latinoamérica.

Cuba reconoció, a partir de 1968, que la vía latinoamericana hacia la liberación y un porvenir socialista no puede ser una sola. Cada país deberá buscar su propio camino y el proceso será largo y lento. Sin duda la Unión Soviética, interesada en la coexistencia pacífica y la distensión, contribuyó a convencer a su aliado antillano de la necesidad de mirar la América Latina, no en forma maniquea o en blanco y negro, sino de manera matizada y realmente dialéctica.

La disminución de la lucha guerrillera en América Latina tuvo el inmediato efecto de que se rompiera la unidad centro-derechista en contra del cambio revolucionario. En el Perú, militares que se habían formado en el combate contra la extrema izquierda, implantaron un régimen nacionalista de izquierda que se enfrentó al imperialismo en forma muy importante y significativa y realizó substanciales cambios sociales. En Panamá, el general Trujillo acentuó la lucha por la recuperación del Canal. En Bolivia, el general J.J. Torres dio grandes pasos hacia la izquierda en 1970-71. En Chile, el triunfo electoral de Allende suscitó grandes esperanzas en la izquierda de todo el continente, y los logros del gobierno de la Unidad Popular hasta 1973 fueron importantes y, en muchos aspectos, ejemplares.

Pero a partir de ese mismo año de 1973, el péndulo se devuelve hacia la derecha. Bordaberry implanta su dictadura en Uruguay y un Perón envejecido y derechizado sustituye a su colega Héctor Cámpora, inclinado hacia el lado revolucionario. En septiembre cae Allende y entra a la inmortalidad como mártir de la liberación latinoamericana, pero Chile comienza a sufrir la más atroz de las represiones. De manera ge-

neral, la tendencia va hacia la multiplicación de las dictaduras fascistoides, jugando el Brasil un papel fundamental como auxiliar y aliado principal de los Estados Unidos en la tarea de combatir a la revolución y de establecer y respaldar regímenes conservadores.

El papel del Brasil durante la mayor parte de su historia fue el de aliado de las influencias hegemónicas provenientes de afuera del ámbito americano. Durante el siglo XIX, la monarquía brasileña fue la mejor amiga de los intereses ingleses y franceses en nuestro continente, y en el siglo XX, desde Rfo Branco hasta hoy, la diplomacia del Itamaraty generalmente se encamina a conseguir la sub-hegemonía sobre la América del Sur, en asociación con las tendencias hegemónicas hemisféricas de los Estados Unidos. El segundo mandato de Vargas y el de Quadros-Goulart constituyeron excepciones a esa línea, pero los generales en el poder desde 1964 la volvieron a implantar en todo su vigor, colaborando con el gobierno de Washington en la lucha contra las revoluciones del sur.

EL IMPACTO NORTEAMERICANO GLOBAL: DEMOCRACIA E IMPERIALISMO

En las páginas precedentes, hemos enfatizado los aspectos conflictivos de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Hemos señalado sobre todo las etapas de desarrollo del imperialismo y su acción negativa para las aspiraciones populares y patrióticas latinoamericanas.

Sin embargo, existe otro lado de la medalla. La nación norteamericana no sólo es imperialismo y consorcios transnacionales. También es pueblo, es democracia, es lucha persistente por la libertad y la igualdad, es búsqueda de fórmulas enaltecedoras del nombre. Quien sólo viera la Norteamérica de Wall Street, de la CIA y del Pentágono, e ignorara la del pueblo bueno y noble, pecaría de un chauvinismo ciego.

El mensaje teórico de la democracia norteamericana y las expresiones de sus héroes y sus bardos han sido elementos de inspiración para los latinoamericanos de los últimos dos siglos en sus luchas por la liberación y el desarrollo. El ejemplo de Washington y Adams, de Jefferson y Hamilton, de Patrick Henry y Tom Paine inspiró a un Bolívar, un San Martín, un Morelos y un O'Higgins. El paralelismo y la mutua simpatía entre Lincoln y Benito Juárez son notables. Las instituciones democráticas yanquis sirvieron de modelo parcial a todos los mejores intentos de implantar la libertad, la igualdad y la fraternidad en América Latina.

Neruda declaró que ningún poeta hispánico ejerció sobre él una influencia comparable a la del norteamericano Walt Whitman. Desde Mark Twain hasta Erskine Caldwell, Sinclair Lewis, William Faulkner, Upton Sinclair, Howard Fast, Carson McCullers, Truman Capote, Norman Mailer y otros contemporáneos, la novelística estadounidense ha estimulado a la prosa rebelde y liberadora de la América Latina. Tanto Martin Luther King como Malcolm X dieron su ejemplo dinámico y efectivo a los combatientes latinoamericanos por la liberación de los más oprimidos y más humillados. Los estudiantes de Berkeley sirvieron de modelo a los de Latinoamérica en la lucha por la renovación universitaria. La izquierda del norte influyó sobre la izquierda del sur. Una revista como “Ramparts” contribuyó a llevar la revolución al seno de las comunidades cristianas de todo el hemisferio.

Democracia todavía viviente, capaz de renovación y de protestas y combates cada vez nuevos —pervertida, deformada, dominada por la acción imperialista y oligárquica del “establishment” capitalista, militar y policial— esa es la doble faz de los Estados Unidos en sus relaciones con la América Latina. ○